

Una reafirmación de la cultura patriarcal a partir de la definición de mujer de Kierkegaard en El Diario

Yerlis Guardo Gonzales

El infinito es para la mujer una idea tan natural como que el acto del amor debe ser siempre feliz.
Søren Kierkegaard

Resumen

El presente trabajo se muestra como un breve esbozo de la concepción femenina de Søren Kierkegaard. En primer lugar se expondrá la noción de hombre kierkegaardiana con el fin de explicar los estadios existenciales y ubicar el texto El Diario de un seductor. Seguido a ello se hará una breve presentación general de dicho texto y se explicará la noción de mujer del autor danés a partir del libro anteriormente mencionado. Por último, se explicaran las implicaciones que se desprenden de dicha concepción.

Palabras claves: Mujer, yo, Absoluto, hombre, infinitud.

Para Kierkegaard el hombre es una síntesis de cuerpo y alma, de infinito y finito. Mediante estos elementos el hombre puede descubrir las posibilidades y limitaciones de su existencia. La síntesis de cuerpo y alma es lo que el autor llama espíritu, y cuando el espíritu pone en relación el alma y el cuerpo se despierta la autoconciencia. En el momento en que el hombre comienza a reflexionar, justo después de la infancia, el espíritu pone el alma de cara al cuerpo y es entonces cuando el yo conoce el significado de cada cosa, sus limitaciones y posibilidades, su complementariedad y contrariedad, iniciando de esta forma el proceso de autoconstitución y autoafirmación del individuo.

El yo está constituido por una doble relación, a saber, el alma relacionada con el cuerpo mediante el espíritu y el espíritu relacionado consigo mismo, es decir que el espíritu debe auto fundamentarse. Esta auto fundamentación puede ser absoluta o derivada, puesta por uno mismo o por otro. Kierkegaard entiende la auto fundamentación no como una mera estructura relacional del hombre

sino como una cuestión ético- religiosa, ya que afirma que la relación que se relaciona consigo misma (yo) tiene que haber sido puesta a sí misma o puesta por otro, sin embargo, a juicio del autor danés, el hombre no puede auto fundamentarse, de ahí que el yo deba escoger fundamentarse sobre un tercero.

Ese tercero es el Absoluto, Dios es la potencia que ha puesto el espíritu. El yo que elige auto fundamentarse en el Absoluto es libre porque ha elegido a Dios, que es su alfa y su omega. A diferencia del yo que por obstinado se ha escogido a sí mismo como auto fundamento y cae en la desesperación. Ahora bien, para Kierkegaard, el hombre no es uno desde su inicio, sino que es un compuesto que tiene por meta llegar a ser individuo. El hombre es individuo cuando logra la unidad de sus elementos constitutivos, proceso que no es necesario puesto que es fruto de una elección. El hombre se escoge libremente y decide fundamentarse en el Absoluto como ser libre pero a la vez dependiente de Dios. Según la fuerza que tenga la autoafirmación del yo, el hombre se ha de encontrar en estadios existenciales diferentes.

Kierkegaard postula tres estadios de vida: el estético, el ético y el religioso. El primero tiene que ver con el placer, el objetivo de este estadio es alcanzar el placer y evitar el dolor, su relación con el tiempo es disfrutar el instante, vivir el momento y carecer de proyectos futuros. El esteta busca lo particular, la excepción y como modelo de este estadio de vida se tiene a Don Juan y al Fausto de Goethe. Contrario al estético, está el segundo estadio, el ético, cuyo objetivo principal es hacer el bien y evitar el mal, el valor supremo es el deber, su relación con el tiempo es la estabilidad, la continuidad y la elaboración de un proyecto. El individuo de este estadio vive aferrado al deber, y la moral y como arquetipo se tiene al esposo. El tercer, y último estadio, es el religioso. Cabe mencionar que este es el estadio más importante para Kierkegaard, ya que el hombre de este estadio establece una relación con el Absoluto en la cual vive para Dios y reconoce lo general no como algo supeditado sino como superior. Su objetivo es agradar al Ser Supremo sin defraudarlo, el valor supremo es el amor, la relación con el tiempo es disfrutar del momento sin apegarse a él, y como ejemplo se tiene a Abraham.

Søren afirma que el camino de un estadio a otro es irreversible, es decir el individuo que pasa del estadio estético al ético jamás volverá al primero, puesto que si obra mal ya no será un pícaro sino un pecador. Es decir, el esposo que sale a conquistar señoritas en la calle ya no será un simple picaflor sino un sinvergüenza puesto que ha asumido un compromiso moral que de antemano le exige cierto comportamiento.

El Diario de un Seductor (1843) Kierkegaard relata las conquistas de un hombre esteta con matiz diabólico, seductor, razonador, humorista y en ocasiones vampírico que desea en toda mujer la feminidad entera (Kierkegaard, 2006. Prólogo). Este libro, publicado bajo el pseudónimo de Johannes Climacus, está escrito en forma de cartas, y sólo al final, casi faltando alrededor de diez hojas, Johannes Climacus nos da luces de su concepción de la mujer. La mujer es concebida por Kierkegaard como un ser para otro, como un ser cuya finalidad está fuera de sí misma, y a juicio del autor danés, sólo por medio de otros puede ser visible. “Una mujer, desde ciertos puntos de vista, no se desarrolla como un hombre; nace ya hecha. El hombre inicia de repente su desarrollo, y necesita mucho tiempo para realizarlo. La mujer tiene un nacimiento más lento, pero nace ya hecha. En esto consiste su infinita riqueza; ya está desarrollada en el momento en que nace, pero éste viene tarde. Por lo tanto, nace dos veces; la segunda, cuando se casa, o, para mejor decir, en este momento es cuando acaba de nacer, y sólo en este momento nace completamente” (Kierkegaard, 2006: 34.).

Así, según Kierkegaard, el hombre sólo puede trascender a lo infinito (lo universal) con humildad aceptando el error diario y apoyándose en la fe, la cual no puede ser comprendida desde la razón, sino que se caracteriza por ser un acto de entrega que requiere de un desprendimiento de lo finito. En ese sentido, la mujer tiene una disposición natural para la entrega que el hombre debe alcanzar por el arduo camino de la elección, de ahí que tenga más valor que el hombre la alcance a que la mujer lo haga.

Cuando llega el momento del casamiento o la maternidad, la mujer da ese salto de la razón a la creencia absoluta. De modo que, la mujer tiene en sí misma la fuerza para dar el salto y entregarse totalmente a sus hijos y su marido, y esto la pone en relación con lo infinito de manera natural. Es decir, la mujer no reniega de Dios, ni entra en contradicción con lo infinito porque no está limitada para creer y dar el salto, así, ella se entrega de forma natural y entonces se salva de la miseria existencial. Es en ese sentido en que la mujer nace aprendida, pero sin un hombre que la inspire ella es incapaz de dar el salto, la entrega de la mujer requiere la ayuda del hombre y es ahí cuando ella nace.

Al entregarse al hombre, la mujer nace o se salva de la miseria existencial sin trascendencia pero la fuerza para creer la tiene ella en sí misma.

Esto va de la mano con la noción kierkegaardiana de la mujer como ser neutro. Esto quiere decir que la mujer encierra en sí misma lo infinito y lo manifiesta mediante el enamoramiento del hombre o mediante la maternidad, mientras

que el hombre es un ser incompleto que necesita dar el salto pero que no encuentra motivo en sí mismo para hacerlo. El salto, en el caso del hombre, debe ser fruto de una elección libre producto de una vida desesperada.

En *El Diario de un Seductor* Kierkegaard afirma que la mujer es el sueño del hombre, que ha salido de sus costillas y se ha hecho carne y hueso, de modo que, primero el hombre sueña con la mujer, pero después la mujer sueña con el hombre. De esta forma, la mujer ha nacido para ser la compañera del hombre, al que Kierkegaard caracteriza con lo mundano, mientras a la mujer la caracteriza con lo divino. La feminidad es ubicada en el ámbito de la belleza estética (de ahí que Kierkegaard la ubique en este mismo estadio) y está asociada a la inocencia, la infancia de espíritu y los niños.

Søren Kierkegaard asemeja el espíritu de la mujer a una flor, puesto que la mujer, al igual que los vegetales, carece de vida propia, y sólo mediante el hombre puede lograr la libertad. La petición de mano, explica el autor, es sinónimo de “libertar” pues es el hombre quien liberta aún cuando la mujer sea quien escoja, ya que esta elección no es fruto de una larga reflexión, pues la reflexión no es propia de lo femenino. En contraposición al hombre, la mujer no debe trascender a lo infinito por el arduo camino del pensamiento, ella debe ir por el fácil sendero del corazón. Para que la mujer escoja es necesario que el hombre realice la petición.

Desde la perspectiva estética, la mujer posee más fantasía y corazón que el hombre, razón por la cual no sería adecuado empañar el carácter divino de la mujer con cosas mundanas como las ciencias naturales, la política y las matemáticas. La mujer es virginidad pura, es inocencia, la inocencia es la esencia de su vida. A juicio de Kierkegaard la mujer debe dedicarse a las artes, a la literatura, a tejer, y no debe inmiscuirse en las cosas mundanas, a menos claro está, que desee perder su carácter divino y empañarse con inferioridades. Más bien, lo mejor sería seguir la lógica dualista de la complementación, en semejanza con la síntesis del hombre, venerando al matrimonio como la transcendencia mundana y el inherente servilismo.

La fase en la que la mujer no ha cumplido con su cometido, es decir, abandonarse en otro ser, es lo que Kierkegaard llama la virginidad pura, y esta fase tiene que ser temporal, debe llegar a su fin, porque si la mujer busca una existencia individual delante del hombre, para quien nació, se torna repugnante y debe ser señalada.

Para Kierkegaard, lo opuesto a la redención absoluta es el desprecio absoluto,

pero este desprecio es invisible y abstracto. En ese momento, la feminidad se vuelve crueldad pura, en contraposición a la dulzura virginal. Según el autor nada hay más cruel que la mujer, ya que si pretendemos dar una imagen de crueldad enseguida nuestra mirada se dirige a un ser virginal. Nada horroriza más a nuestro autor que el relato de aquella dulce mujer que mandó a ejecutar a sus admiradores sin la menor compasión, mientras que los relatos de Barba Azul pasan a un segundo plano, pues aquel caballero, explica Kierkegaard, no sentía placer al matar a sus mujeres, más bien, fue porque el placer había acabado que las mató, y eso no puede ser considerado crueldad en lo absoluto (Kierkegaard, 2006: 118).

Sumado a lo anterior, es menester agregar que para Kierkegaard la mujer es obra del instante, y la inmediatez, y el instante en que ella se muestra más seductora es el día de su casamiento. No hay nada como una mujer con su vestido de novia, con su corazón a estallar, con la sangre paralizada, mientras el esposo la espera para libertarla. Pero más bello que ese momento es aquel en el que una saludable joven sostiene una criaturita entre sus brazos, a la que dedica todas sus atenciones y mira con alegría y bienaventuranza. Este bello cuadro no tiene comparación y sólo puede ser observado en el arte, pues cosa distinta es la realidad donde factores como ver al padre, los abuelos, y pensar en las decisiones venideras sobre la educación del niño desfloran dicho momento (Kierkegaard, 2006: 120).

Teniendo en cuenta lo anterior, es claro que el autor danés tiene una idea muy bíblica de la mujer, y quizá no lo podemos culpar, ya que no se podría esperar algo muy distinto de quien tiene un pastor como padre, al cual además de ver como figura paterna también se le ve como modelo a seguir. Sin embargo, esa noción de divinidad se muestra como una simple excusa o justificación para algunas prácticas sociales. Es algo inquietante, por así decirlo, que el instante en que la mujer sea más encantadora es cuando tiene hijos y seguido a ese momento cuando está justo por entregarse al ser para el cual fue hecha. Decir que la mujer no debe formarse en las ciencias naturales, en la política y/o las matemáticas porque atentan contra su carácter divino, es un argumento cliché para tapar la concepción del hombre como el superior, como ser de decisión y raciocinio.

Pero no es de horrorizarnos mucho esta concepción de la mujer, pues es semejante a la crianza de algunas madres. Kierkegaard parece una versión antigua del cuento de la Cenicienta siendo el príncipe azul el libertador, el que viene a rescatar a la bella princesita.

¿O es que acaso se nos olvida que muy bien que llamamos solterona amargada a aquella mujer que por las razones que le dio la gana decidió no casarse ni tener hijos? Y es que aunque muchos y muchas nos declaremos feministas y anti machistas al mil por ciento seguimos pregonando las mismas historias de Disney, seguimos diciéndole a nuestros niños que lo mejor que les puede pasar en la vida es formar un hogar con un buen marido, una dulce esposa y unos hijos obedientes. Si es esto bueno o malo no lo pienso discutir, sin embargo creo que al decir “lo mejor que te puede pasar es formar un hogar con un buen marido, una dulce esposa y unos hijos obedientes” estamos reduciendo las cosas buenas sólo al buen marido, la dulce esposa y los niños obedientes, como si jamás de los jamases alguien pudiera decir que lo mejor que le podría pasar sería estudiar en X o Y institución.

En suma, considero que Kierkegaard, quizá sin darse cuenta, se mostró como un defensor de la tradición, un conservador, al menos en lo que lo a la mujer se refiere, y usó su idea de la divinidad para enmascarar una posible misoginia producida por la carencia de afecto maternal y el olvido de la madre.

La contrariedad en sus ideas (la mujer primero como un ser divino y puro, y luego como la crueldad absoluta) da cuenta de la hipocresía histórica asumida por la cultura patriarcal. En primer lugar, está la refinada domesticación de la mujer mediante la invención del eterno femenino que ha refrenado el comportamiento de la misma y le ha impedido quebrantar la norma de la maternidad y la sumisión hogareña. Pureza, inocencia, y sentimentalismo son los adjetivos característicos de la mujer exaltados por la racionalidad trascendente masculina con miras a mantener su servilismo domestico. Y por otro lado, no desligado del anterior, está la noción de la mujer como la representación viva del mal en la tierra. Desde la antigüedad, la mujer ha sido encasillada en las filas del mal, la sensualidad y la oscuridad frente la luz efervescente de la espiritualidad masculina. Considerada todo lo peor, el cristianismo cargó a la mujer con la culpa del pecado original, algo de lo que Kierkegaard nunca pudo librarse. De modo que su bíblica concepción de mujer da cuenta de que la lucha entre Soren Kierkegaard y la Iglesia Luterana era más una lucha por la aplicación del contenido, que por el contenido mismo.

En ambos casos se tiene el viejo modelo de la lógica dualista de la que se alimenta la cultura patriarcal, la típica exaltación de lo femenino mediante los tradicionales adjetivos de pureza, abandono, entrega, sensibilidad, virginal, sacrificio, inocencia e ingenuidad, que a juicio de María José Benedetti, ocultan el terror inconsciente a la sexualidad femenina representada por la maternidad (Benedetti, año: 4). Kierkegaard en realidad muestra un miedo a lo femenino y

decide huir de él manifestándolo en la insaciabilidad y la inquietud devoradora que le produce encontrar a una mujer digna de ser seducida. Mujer que no encontrara jamás, pues teme hacerlo, además de encontrarse imposibilitado por la latente vigencia en su subconsciente de la imagen maternal.

Quién es superior y quién es inferior es una cuestión secundaria, lo cierto es que algunos años después de Søren, autoras como Simone de Beauvoir, ayudaron a la emancipación femenina postulando a la mujer como un ser singular libre, capaz de crear su propio ser por fuera de los designios culturales, políticos y económicos al que la ha sometido el orden patriarcal. La necesidad de afirmarse se muestra como una máxima moral capaz de instalarse por encima de cualquier orden cultural. La existencia se corresponde con el dinamismo, de ahí la necesidad continua de la auto transcendencia. Lo importante no es la diferencia sexual sino que lo que cada individuo singular desee y elija, pues es en la elección y la superación continua donde el ser se afirma.

Referencias bibliográficas

Bendetti, María José (año). "El sorprendente debut feminista de Kierkegaard". Ciudad: editorial.

Kierkegaard, Søren (2006). Diario de un seductor. Ciudad: Edigrama